

COLECCIÓN CRISTIANOS DE HOY

Pasión por la Verdad

LA AUTÉNTICA LIBERTAD DE LOS HIJOS DE DIOS

ALFONSO SANZ SÁNCHEZ



COBEL EDICIONES

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	7
Primera parte	11
1. La verdad es persona	13
2. La verdad como adecuación	23
Segunda parte	27
3. El hombre es un ser con fisuras	29
4. Lección de geografía interior	35
5. Las manos paternas de la verdad	43
Tercera parte	51
6. Pasarlo mal es normal	53
7. Un dulce sobresalto	61
Cuarta parte	69
8. La música de la verdad	71
9. Viendo crecer a un niño	79
10. El principio unificador	87
11. Las reglas del juego	97
12. Hermanos de la verdad	107
Quinta parte	113
13. Lugar de salvación	115
14. Sorprendido por la alegría	123
15. Hablar con Dios	133

INTRODUCCIÓN

“Tengoya el juicio libre y claro sin las oscuras sombras de la ignorancia... No me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde”¹. Con estas palabras Don Quijote aterriza en el mundo de los cuerdos. ¿Los cuerdos?... Vivió loco, engañado, pero se dispone a morir sano, libre de sus males. El mundo de Don Quijote, con ser falso, puede ser quizá más verdadero que *Disneyworld* o que *Hollywood*. En el siglo XX no hay quijotes, sólo nos quedan Sancho Panzas.

Vivió loco, sin verdad y sólo al final de un largo y penoso viaje por el mundo, se deshizo de la red que lo aprisionaba. Al final se deshacen todos los engaños, con la cercanía de la muerte se produce la hora de la

¹ Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha. II, LXXIV.

verdad, la caída de las máscaras. La mentira es el perro rabioso que persigue por el mundo a la verdad.

Libre de su locuras —Don Quijote— se encuentra con la verdad. En todas las biografías humanas hay un momento en que la verdad se manifiesta con toda su fuerza, entonces hay que responder. Cuando se vislumbra el camino de la verdad, el hombre debe apostar su libertad sobre ese camino que se intuye. La vida sin verdad es un viaje de locura, un viaje hacia ninguna parte.

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”².

Es un don, la libertad es un don. Y un don precioso, un tesoro. Los tesoros no se poseen pacíficamente, siempre hay alguien que quiere apoderarse de los tesoros de los demás.

La libertad no se posee, se conquista cada día. La libertad es un bien que hay que proteger, ¡tiene tantos enemigos...! Hay que defenderla de sus depredadores. Hay fieras que se nutren de la libertad de los demás. La soberbia es el principal consumidor de libertades humanas. En la mesa de los poderosos se sirven las libertades de otros hombres.

Hay personas dispuestas a cambiar su libertad por dinero, por placer: triste trueque. La libertad sólo se

² Miguel de Cervantes. Don Quijote de la Mancha. II, LVIII.

puede entregar por amor. Los hombres marcan su precio y se ofrecen. ¿Somos libres para vender la propia libertad? “La libertad, Sancho es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos”. Un regalo así no debe ser objeto de comercio. No se venden los dones.

¿Qué queda de hombre en el hombre sobornado? ¿Qué queda de humano en la persona narcotizada? ¿Qué queda del amor en el descomprometido encuentro sexual?: hijos del dinero, siervos del placer.

La libertad en el siglo XXI sigue vendiéndose a precios muy bajos. Hay hombres que liquidan su libertad en rebajas de saldo.

Mi libertad es mi vida, es mi tesoro, aunque no tenga otra cosa, si tengo mi libertad en mis manos, soy persona, soy dueño de mí mismo. El único amo, el único señor de la libertad es la verdad. De la verdad somos todos servidores, todas las libertades. Que no nos tenga que pesar —como a Don Quijote— que el desengaño llegue demasiado tarde.

PRIMERA PARTE

Son muchas las intervenciones magisteriales que en los tiempos modernos hacen referencia a la libertad del hombre. Como se ha dicho, Juan Pablo II hablaba a sus contemporáneos con el lenguaje de la libertad. Sin ella el hombre no es tal, sin ella se identifica con los seres inferiores, pierde su dignidad. Y gracias a ella, el hombre es un ser abierto al infinito, a la gracia, a Dios, siempre y cuando moldee esa libertad con la verdad. Así, leemos en la Encíclica “Veritatis Splendor” desde su mismo comienzo: “El Esplendor de la Verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gen 1, 26), pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esa manera es ayudado a conocer y amar al

Señor”³. Nuestro intento toma de aquí su punto de partida. Queremos reflexionar sobre la fuerza de la libertad humana cuando se abre a la fuente del bien y de la gracia, cuando está modelada en definitiva por la verdad: “Sólo Dios puede responder a la pregunta sobre el bien porque sólo Él es el Bien”⁴.

Que quede bien claro que, con estas páginas, no nos proponemos una tarea exhaustiva ni sistemática. Son tan sólo unas meditaciones espirituales sobre temas relacionados con la verdad del hombre: la libertad, la persona, sus capacidades de crecimiento y sus riesgos de deformación, sus metas temporales y eternas; la reflexión parte, eso sí, de una doctrina antropológica ya consolidada y estructurada, según se percibe en la vida espiritual de la Iglesia, a cuyas monumentos principales nos remitimos⁵, con la intención de presentar en ese contexto las notas de la libertad cristiana. La riqueza de esta doctrina no se puede agotar en estas pocas páginas, que quieren ser tan sólo un canto de entrada, con la particularidad de un lenguaje acomodado a la mentalidad de cuántos se consideran jóvenes para la empresa de crear una civilización del amor en este nuevo milenio.

3 Juan Pablo II. Veritatis Splendor. n. 1.

4 Ibidem. n. 9.

5 Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, cap. II y III sobre la antropología; Constitución Dogmática “Gaudium et Spes”; Encíclica de Juan Pablo II “Veritatis Splendor”

1

LA VERDAD ES PERSONA

En cierta ocasión un periodista que entrevistaba a Juan Pablo II le pidió que escogiese una frase del Evangelio. La pregunta discurría en estos términos: “si todo el Evangelio fuera a perderse irremisiblemente y sólo se nos permitiera salvar un versículo, ¿con cuál se quedaría Su Santidad?”. Cabría esperar que el Papa necesitase tiempo para reflexionar. Se le ponía muy difícil la elección. “Me equivocaba —comenta el periodista— respondió sin titubear: ***veritas liberabit vos***”⁶.

“La verdad os hará libres”. Cuando al Papa se le pide que sintetice, que se quede con lo esencial del Evangelio,

⁶ Esta anécdota la cuenta André Frosard en Retrato de Juan Pablo II. Ed. Planeta. Barcelona 1989. Pp. 101-102. La frase: Veritas liberabit vos, está recogida en: Juan, 8, 32.

dice: “la verdad os hará libres”. Quizá algunos de nosotros hemos pasado por alto alguna vez el interés que parece tener esta frase.

Cada uno puede preguntarse también por sus preferencias: “¿qué expresión del Evangelio escogería yo?” Indudablemente quien ha meditado la vida de Cristo debe tener sus episodios favoritos. Sé de una persona que tiene debilidad por el personaje del buen ladrón, y con frecuencia le gusta considerar aquellas palabras de Cristo: “hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”⁷. El último “delito” del ladrón fue robarle a Dios el Cielo. Conozco otra persona que medita insistentemente lo que el Evangelio dice acerca de la actitud de Juan al pie de la cruz: Jesús habló a su Madre y le dijo: “mujer ahí tienes a tu hijo”. Luego habló al discípulo y le dijo: “ahí tienes a tu Madre”. Dicho lo cual, el evangelista comenta que desde ese momento: “*accepit eam discipulus in sua*”; o lo que es lo mismo: “el discípulo *la tomó para sí*”⁸, tomó para sí a la Virgen. Se llevó el tesoro.

Verdaderamente sería imposible hacer una relación de los textos más destacados del Evangelio. Sin duda, la riqueza de este libro permite que en cualquiera de sus páginas encontremos una fuente de sabiduría, de

⁷ Lucas. 23, 43.

⁸ Juan. 19, 26. Hay otras meditaciones encantadoras sobre este pasaje entre ellas ésta de Quevedo formulada en un soneto: “Mujer llama a su Madre cuando espira, /porque el nombre de madre regalado, /no la añade un puñal viendo clavado/ a su hijo, y de Dios por quien suspira./ Crucificado en sus tormentos mira/ su primo a quien llamó siempre el Amado,/ y el nombre de su Madre, que ha guardado,/ se le dice con voz, que el cielo admira./ Eva, siendo mujer, que no había sido/ madre, su muerte ocasionó en pecado/ y en el árbol el leño a que está asido./ Y porque la mujer ha restaurado/ lo que sólo mujer había perdido,/ Mujer la llama, y Madre la ha prestado”.

consuelo y de amor de Dios. Pero no deja de tener un particular interés que precisamente el Papa, al recibir esa pregunta, responda tan decididamente: “la verdad os hará libres”. ¿Qué encierra esta expresión? ¿Qué misterioso significado tenía para Juan Pablo II la frase de San Juan?

No cabe duda de que una de las cuestiones más pe-
liagudas que los hombres tienen planteada es la cues-
tión de la libertad.

Por un lado los filósofos, los teóricos del pensa-
miento, hace siglos que se plantean qué es la libertad,
cómo se obtiene y cómo se conserva. Por otro lado la
vida misma de las personas ha sido desde siempre una
costosa búsqueda de la propia libertad. En ese sentido
se puede decir que la historia política de los hombres es
la historia de su libertad. Sus luchas, sus guerras, han
tenido por objeto librarse de alguna servidumbre o de
alguna tiranía, conquistar la libertad, o reconquistarla.

“La verdad os hará libres”. Es muy posible que pen-
sando sobre estas palabras de Jesucristo, tanto los filó-
sofos, como el hombre de la calle, encuentren un cami-
no hacia esa aspiración tan humana: ser máximamente
libre. La verdad es lo que nos convierte en seres libres.

Se ve que la verdad tiene una estrecha relación con
la libertad. Es más, parece que, en un cierto sentido,
se puede decir que la verdad *genera* la libertad. La ver-
dad es liberadora. La verdad del mundo, la verdad del
hombre, se presentan como componentes básicos de
la libertad.

En la Encíclica *Veritatis Splendor*, Juan Pablo II, aclara-
ba un poco más la interacción entre la verdad y la liber-
tad. Este documento del Magisterio se vertebra precisa-
mente tomando como eje el binomio verdad y libertad.
Así es, apenas ha concluido el primer párrafo cuando ya
nos dice: “la verdad es modeladora de la libertad”⁹.

Da la impresión de que la verdad es concebida como
un molde, al tiempo que la libertad es vista como un
barro. Corresponde a la verdad modelar la libertad, dar-
le forma¹⁰. La libertad sería un fluido informe que es
modelado por la verdad. Algo parecido a lo que hace el
envase con el líquido que alberga.

El agua fuera de la botella se encuentra derramada,
sigue siendo agua, pero está inaccesible. La libertad sin
el molde de la verdad es trivial, es libertad, pero está
desfinalizada, desorientada. Si no hay norte, si no hay
sentido, no se llega nunca a ninguna parte, da igual
donde se llegue.

La verdad modela la libertad, no la crea; la delimita,
le da sentido. Es el trazo del lapicero quien arranca al
papel la forma de un rostro. Sin papel no hay dibujo, y
sin lápiz sólo hay papel; mucho papel quizá, pero va-
cío.

Papel y lápiz, barro y molde, líquido y envase, via-
je y norte, libertad y verdad. Se necesita luz para ver

⁹ Juan Pablo II. *Veritatis Splendor*. n. 1

¹⁰ Postulamos, desde la perspectiva aristotélica tomista, una relación entre li-
bertad y verdad como “forma” y materia, para indicar que la libertad sin la verdad
queda amorfa, desorientada. No se debe tomar, sin embargo, la expresión en el sen-
tido técnico con que los usa la Escolástica.

las cosas, como se necesitan palabras para explicar los pensamientos.

En las deliciosas páginas de “El Principito” nos encontramos con una sugerente visión de las relaciones entre la verdad y la libertad.

El Principito, en su viaje por diversos planetas, llega al astro donde habita en soledad el rey. Le pregunta, con cierta incredulidad, sobre su capacidad de mandar y de hacerse obedecer. El rey insiste en la fuerza de su poder, entonces el niño le pide un deseo. A partir de ahí es cuando tiene lugar este diálogo:

—Quisiera ver una puesta de sol... Complaceme..., ordenad al sol que se oculte...

—Si le ordenara a un general —dijo el rey— que volara de flor en flor como una mariposa, o que se transformara en gaviota, y el general no ejecutara la orden, ¿de quién sería la culpa, mía o de él?

—Sería vuestra —dijo firmemente el Principito.

—Exacto. Hay que exigirle a cada uno aquello que es capaz de hacer o de dar —replicó el rey—. La autoridad debe basarse sobre la razón. Si tú ordenas a tu pueblo que se arroje al mar, él hará la revolución. Tengo el derecho de exigir obediencia porque mis órdenes son razonables.

—Bueno, y entonces ¿qué ocurre con mi puesta de sol? —le recordó el Principito— que jamás olvidaba una pregunta una vez que la había formulado.

—Tendrás tu puesta de sol. La exigiré; pero esperaré,

como me lo dicta mi ciencia de buen gobernante, a que las condiciones sean favorables.

—¿Y cuándo sucederá eso? —interrogó el Principito.

—¡Bueno! ¡bueno! —le respondió el rey, quien de inmediato consultó un grueso calendario—. Será dentro de unas horas; como a eso de las siete y cuarenta de la tarde. Entonces verás cómo se me obedece”¹¹.

La realidad es terca. La verdad es terca, tiene un obstinado corazón. La verdad es insobornable. Ella está ahí como un faro imposible de desprogramar. La libertad humana puede conocerla, puede mirarla y contemplarla, pero no puede cambiarla.

El hombre se autodestruye cuando se aleja de la realidad y llega, en cambio, a su plenitud cuando asume activamente el poder de lo real. Un hombre puede empeñarse en tratar de ser feliz, de realizarse a sí mismo, a base de consumir drogas, por ejemplo, pero no hará sino dar patadas contra un agujón. Ahí no hay auténtica felicidad humana, tan sólo disfrute animal. No se puede pedir a las cosas aquello que las cosas no pueden dar.

El obrar sigue al ser, decían los clásicos. Nadie puede ir en sus actos más allá de lo que su naturaleza le permite. Nadie puede dar lo que no tiene. Sólo la gracia puede atravesar la barrera de la naturaleza, pero normalmente la gracia edifica precisamente sobre la naturaleza. La libertad debe atenerse a la verdad. La libertad del hombre no mide la verdad, sino que es medida por ella.

¹¹ A. de Saint-Exupèry en *El Principito*. Ed. Mexicanos Unidos. México 1979. Pp. 43 y 44.

Pero..., demos un paso más en el camino de nuestro viaje. En el clima de despedida que empapa la narración de la última cena¹², Jesús promete a los apóstoles que un poco más adelante se volverán a ver en un lugar misterioso: “yo voy a prepararos un lugar. Cuando haya ido y os haya preparado ese lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo”. Para nosotros ahora resulta muy sencillo identificar ese lugar de encuentro definitivo con Cristo como el Cielo. “Vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo esté, estéis también vosotros; que ya sabéis a dónde voy, y conoceréis asimismo el camino”. Pero no, para los apóstoles no era tan evidente que Jesucristo hablaba del Cielo, prueba de ello es la pregunta que se produce a continuación: “dícele Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino?”.

Hablábamos de esto hace unos momentos. Sin conocer el punto de destino se puede caminar, pero ese caminar es trivial. Si no sé a dónde voy, puedo ponerme en camino, pero no llegaré a ninguna meta, en realidad no hay meta. La libertad sin verdad sigue siendo libertad, pero es una libertad desnortada, extraviada.

“No sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino?”. En esta pregunta de Tomás se encuentra sintetizada una inquietud antigua del corazón humano. Es la cuestión del sentido, del sentido de las cosas, del sentido de la vida. “Si no sé dónde voy, ¿cómo llegaré?”. Muchas personas viven sin haber resuelto sobre el sentido de su vida, otras han terminado por resolver mal la cuestión, de modo que inician caminos equivocados.

¹² Las citas entrecomillas que siguen se encontrarán en Juan, 14, 1-8.

dos, o toman puntos de referencia falsos. El propio San Agustín, en la última etapa de su vida, confiesa “*sero te amavi*”¹³: tarde te amé, tarde te encontré. Cervantes hace decir a Don Quijote exactamente lo mismo: “sólo me pesa que este desengaño haya llegado tan tarde”.

Jesucristo en su respuesta a Tomás, va a resolver en realidad la inquietud de todos los hombres por el sentido de la vida. Es una respuesta orientadora. Cristo va a hacer entrega a Tomás de una brújula. Le va a entregar un instrumento que impida el extravío.

“Jesús le respondió: yo soy el camino, la verdad, y la vida: nadie va al Padre sino por mí”. He aquí un filón, he aquí una mina. Esta es la riqueza del hombre; saber cuál es la verdad, saber cuál es el camino. “Yo soy el camino, yo soy la verdad”. El bueno de Tomás, con el afán de resolver sus dudas, provoca maravillosas declaraciones de Jesucristo.

No hay como preguntar lo que no se acaba de entender, preguntar y escuchar, esa es una buena manera de encontrar el norte. Los buenos navegantes intuyen la dirección del norte, pero ninguno dejará de buscar en el cielo la estrella Polar, o de consultar la brújula o el sextante.

“Yo soy la verdad”, Cristo es la verdad. Con esta nueva luz retomemos la frase del Evangelio elegida por Juan Pablo II: “La verdad os hará libres”. Ahora nadie podrá preguntar desconcertado “y... ¿cuál es la verdad?”. “Yo soy la verdad”. Yo os haré libres. Aquí tenemos

¹³ San Agustín, Las Confesiones. Lib. X, cap. 27

un punto de llegada. La libertad tiene mucho que ver con Jesucristo precisamente porque Él es la verdad. La Verdad nos trae la libertad.

La misión fundamental de Jesucristo en su venida a la tierra, es lo que llamamos la Redención, es decir la liberación de la servidumbre del pecado. Redimir quiere decir justo eso, devolver la libertad. El pecado original trajo consigo una disminución considerable del caudal de bien en el hombre. No perdimos toda la libertad, pero sí una parte del dominio que el hombre tenía de sí mismo, de sus pasiones, y del mundo. Se puede decir, de alguna manera, que, entre otros efectos, el pecado primero, supuso un deterioro profundo en la capacidad de la naturaleza humana para dominarse a sí misma y dominar el mundo. La avería es de proporciones escalofriantes: no afectó sólo a los protagonistas, sino a toda su herencia. Algo parecido a los devastadores efectos secundarios de un desastre termonuclear que afectan a los que actualmente vivimos en la tierra, pero también a los hombres que vengán al mundo dentro de cientos de años.

El hombre perdió parte de su capacidad de hacer el bien, el hombre perdió dominio, autocontrol. De esto hablaremos más adelante. La Redención de Cristo viene a devolver a las personas la libertad perdida.

En el fondo, decir “La verdad os hará libres”, y decir Jesucristo es el Redentor, es decir una misma cosa. Porque Cristo es la verdad y redimir es devolver la libertad.

¡Hemos llegado! No hemos llegado al final, hemos llegado al camino, al camino donde empieza el viaje: la verdad es persona. La verdad es Cristo. Cristo es el camino hacia la libertad.